

**Universidad de la República**  
**Unidad de Relaciones y Cooperación con el Sector Productivo**

**EL TRABAJO:  
DEL MODELO DE LA OPERACIÓN  
AL MODELO DE LA ACCIÓN**

**Philippe ZARIFIAN**

**Serie Documentos de Trabajo Nro. 7**

**Montevideo, 1996**

# EL TRABAJO: DEL MODELO DE LA OPERACIÓN AL MODELO DE LA ACCIÓN<sup>1</sup>

Philippe Zarifian

## I. De Smith a Taylor, el modelo de la operación

### *a. La operación en su versión clásica*

En el modelo clásico de organización productiva, el concepto de operación ocupa una posición absolutamente central. Se le ve aparecer desde Adam Smith, en su célebre descripción de la fábrica de alfileres. La producción del alfiler puede reducirse al encadenamiento de una sucesión de operaciones elementales, en que cada operación introduce una modificación de la forma del metal hasta la forma final del alfiler. Se sabe que Adam Smith, para aumentar la velocidad del proceso constituido por esta sucesión de operaciones elementales proponía especializar cada obrero en una de las operaciones. Repitiendo cada día la misma operación, el obrero se hacía particularmente experto en esta ejecución, contribuyendo así a acelerar el flujo del proceso global de la producción de alfileres.

Desde el siglo XVIII se constituye pues esta concepción del proceso de producción como un encadenamiento coordinado de operaciones elementales bajo el signo de su velocidad. Sin embargo, habrá que esperar más de un siglo – es decir, el fin del siglo XIX – para que, con Taylor, esta concepción pueda penetrar en la industria de manera organizada e instrumentada de tal modo que se convierta en la base misma de la edificación de nuevos sistemas productivos.

Hay que decir que Adam Smith había descuidado totalmente las transformaciones sociales considerables que implicaba la puesta en práctica, en gran escala, del principio de la división “operatoria” del trabajo. He tenido la ocasión de explicitar estas transformaciones<sup>2</sup>, pero basta recordar que para introducir en la práctica la concepción smithiana, era necesario:

---

1. N. del T. El trabajo ha sido tomado del libro “La crise du travail”, Actuel Marx Confrontation, PUF, Paris 1995, pp. 187 – 207. Traducción de J.L. Massera. En adelante, salvo las notas al pie encabezadas N. del T., que han sido introducidas por el traductor, las demás pertenecen al trabajo de Ph. Zarifian.

2. Philippe Zarifian, La nouvelle productivité, op. Cit. 1990

- separar el trabajo del trabajador, es decir, por una parte, inventar un concepto de trabajo como forma objetivada (el contenido del “trabajo”), formalizable independientemente de quien lo realiza, y, por otra, imponer socialmente esta forma objetivada (reificada) a aquéllos para quienes el trabajo era inseparable de la persona que lo realizaba, es decir, a los obreros de oficios provenientes de la tradición artesanal y – en otro registro – a los campesinos,

- definir este trabajo objetivado bajo la forma de una sucesión de operaciones, cada una de las cuales debe ser descrita con precisión en su contenido y velocidad, e integrada en una secuencia dinámica de acuerdo a una cierta coordinación y un cierto encadenamiento lógico de aquéllas, lo que implicaba que se desarrollara un inmenso “trabajo” de concepción que será tomado a su cargo por nuevas categorías sociales en el seno de las empresas industriales, a saber: los ingenieros y técnicos, cuya función será definir estas escalas operatorias, concebir los medios técnicos correspondientes, asociados y asociables a las operaciones de trabajo, edificar la planificación de la realización de estas escalas, etc.,

- prescribir estas sucesiones de operaciones bajo la forma de tareas a realizar por los obreros en los talleres, tareas reunidas física y socialmente en torno a cada “lugar de trabajo” al que un obrero pueda ser afectado,

- instruir a estos obreros, en el doble sentido de: formarlos para la correcta ejecución de estas tareas y reunir en un cuerpo las instrucciones acerca de la manera de actuar (instrucciones materializadas en fichas de trabajo o simplemente dichas oralmente),

- desarrollar todo un aparato de control de la ejecución de estas operaciones, control social ejercido por el jefe de taller, control económico aplicado en el lugar por el control analítico de la gestión,

- centrar las negociaciones sociales acerca de los salarios, con los obreros o sus representantes sindicales, cuyo monto dependerá del aumento de la productividad de las operaciones de trabajo obtenido como consecuencia de todo este proceso, esperando que los aumentos de salarios debieran motivar a los obreros, o al menos hacerles aceptar la desposesión política de que son objeto, desde el momento en que la definición del modo de trabajar les es sustraída.

Gracias a esta rápida descripción, se ven todas las formas sociales y todos los datos instrumentales complejos que están (estaban) en juego tras el concepto de operación.

Antoine Picon mostró notablemente bien<sup>33</sup> cómo este concepto de operación surge de una racionalidad analítica que se desarrollará en el siglo XVIII en numerosos medios científicos y técnicos. Adam Smith no fue el único: expresó en la economía política una vasta corriente de pensamiento de la época.

Es Condillac, nos indica Picon, quien dio la mejor definición del proceso analítico, cuando escribió en su Curso de estudios de 1775:

*“El análisis es (...) la completa descomposición de un objeto y la distribución de las partes en el orden que su generación se facilite...”*

*“Analizar no consiste más que en componer y descomponer nuestras ideas para hacer diferentes comparaciones entre ellas y para descubrir, de este modo, las relaciones que tienen entre sí y las nuevas ideas que pueden engendrar.”*

Descomponer en elementos simples, recomponer estos elementos de acuerdo a una lógica combinatoria, ubicarlos combinados en un desarrollo dinámico: esta imagen general será desarrollada particularmente por los científicos e ingenieros. Se piensa que por medio de la descomposición de las realidades complejas en elementos simples, para captar en ella su génesis, es posible comprender mejor los movimientos, los flujos y los procesos a que aquéllas refieren. Se trata de pasar de un conocimiento estático de las estructuras a un conocimiento dinámico de las funciones y las operaciones, capaces de dar cuenta de estos movimientos, flujos y procesos. El paradigma del encadenamiento dinámico de las operaciones dentro del proceso (en particular, del proceso de producción) marcó fuertemente la reflexión técnica y económica e indudablemente se encuentra en la raíz de lo que se puede llamar la “productividad-salida” (débit): aumentar la salida de la producción, es decir, el volumen de producción por unidad de tiempo, acelerando cada operación y su encadenamiento; tal es esencialmente el fundamento material de la productividad que Taylor “inmortalizó”.

---

3. En su tesis de habilitación: Antoine Picon, Pour une histoire de la pensée technique, rapport d'habilitation, EHESS, Paris, 1994.

Picon nos recuerda, y es una observación muy importante para mi exposición, que los ingenieros no buscan otra cosa más que señalar todas las circunstancias de las fases sucesivas que recorren todos los objetos de que se trata, sin tratar de penetrar en su naturaleza verdadera. En el origen de la industrialización, nos dice, el pensamiento técnico que encarnan los ingenieros abandona la aspiración de comprender las regularidades profundas de un universo esencialmente arquitectónico: renuncia a conocer otra cosa que no sea la envoltura de las cosas, sus fronteras sobre las cuales se puede actuar. Esta aparente modestia tiene su contrapartida en una ambición particularmente aguda de control del proceso de producción.

Se percibe aquí la proximidad del pensamiento de los ingenieros con el principio de causalidad transitiva, tal como lo expuso Hume: puesto que la realidad “profunda” es incognoscible, el pensamiento sólo puede captar la relación entre una causa y un efecto, de los que aquélla, de alguna manera, empuja a éste, en tanto que la relación íntima entre causa y efecto (suponiendo que exista) es incognoscible. Se puede ignorar el fundamento de las operaciones en tanto que, habiendo sido asignadas como componentes elementales de un proceso, se pueda describir y calcular cómo una operación “empuja” al objeto en el curso de la producción y se enlaza con las demás. Es a partir de esta racionalidad analítica y de cómputo que los procesos de producción se descomponen en acciones y operaciones técnicas cuyo examen atento constituye el paso previo a todo emprendimiento de racionalización. Es también según la misma lógica que la sociedad humana se interpreta como una combinación de individuos elementales cuyas operaciones y motivaciones deben ser comprendidas en tanto son genéricas, antes de tratar de entender cómo se agrupan para engendrar lógicas colectivas. Es un esquema idéntico el que se halla en el pensamiento científico, en el pensamiento técnico y en la filosofía política (el liberalismo político) de la cual, hay que recordarlo, surgió Adam Smith.

Es interesante ver como, tomando la realidad pragmáticamente “en su superficie”, es posible sin embargo desarrollar una lógica particularmente potente de dominio del mundo, de la cual, en lo cultural, continuamos asumiendo las consecuencias.

Ciertamente, los trabajadores que entran en masa en la industria serán los que en primer lugar sufrirán las consecuencias de esta lógica, convirtiéndose, por las buenas o por las malas, en los instrumentos de la realización eficiente de las operaciones de la producción que los ingenieros

tendrán la amabilidad de definir con anticipación. ¡Las acciones del obrero se le escapan de las manos! El obrero deberá adaptar su propio accionar, las operaciones de su trabajo quedarán desconectadas de lo que las determina (la integridad del cuerpo y de la mente del trabajador) para no ser más que “causas transitivas” de la rápida transformación de los objetos así manufacturados.

Es seguro que esta racionalidad analítica, cuyo origen remonta pues al siglo XVIII, continúa impregnando fuertemente hoy a diferentes esferas, en particular la de los ingenieros y economistas. Pero a pesar de todo es seguro que está en crisis, que su futuro queda detrás de ella. No querría insistir en las razones de esta crisis, sino resaltar sus alternativas.

### ***b. La operación en el enfoque sistémico***

El paso del concepto de operación al de interacción sistemática me parece representar una primera innovación importante, pero que fracasa en trazar una alternativa verdadera.

La idea de sistema, en sí misma, no es nueva. Pero durante mucho tiempo, lo que hoy se designa como “sistema” no es más que otro modo de desarrollar la racionalidad analítica. En lugar de ser considerada diacrónicamente en un movimiento, la combinatoria de los elementos es considerada sincrónicamente en una estructura.

En el universo de la producción, muchas cosas que todavía hoy se califican como “sistema” no son distintas, en su concepción, de una asociación entre una estructura y un proceso. La estructura, compuesta por elementos simples combinados de manera sincrónica, representa el soporte de la totalidad de un proceso de producción. Pero calificar esta asociación como sistema es, en tales casos, un abuso del lenguaje. No es porque las operaciones de producción estén integradas entre sí en el seno de un mismo soporte que cesan de estar definidas y conducidas de acuerdo a una lógica tradicional. La noción de integración ha sido siempre inherente al concepto de proceso y estrechamente complementaria de la de operación. Los ingenieros saben, desde hace mucho tiempo, que las operaciones deben ser integradas. No es el principio de la integración, en sí mismo, el que pueda ser significativo de un desplazamiento de paradigma. Únicamente el contenido dado a la integración puede eventualmente serlo.

Análogamente, no es porque se hable de “estructura social” y de “integración social” que se deja de concebir las acciones de los individuos como operaciones realizadas por átomos elementales de la vida social, de las que se preguntará, de acuerdo al viejo buen esquema liberal, cómo se “integran”, es decir, se combinan sin destruirse.

El concepto de sistema no aparece como innovador más que a partir del momento en que rompe – o trata de romper – radicalmente con la tradición analítica.

Un autor como Ludwig von Bertalanffy<sup>4</sup>, ha sido sin duda alguna un precursor en este tema y ensayó la propuesta de una alternativa verdadera.

El problema que se plantea para los sistemas, dice, es esencialmente el de los límites del procedimiento analítico aplicado a la ciencia. Se tenía el hábito de expresar estos límites con términos semis-metafísicos del tipo: “evolución emergente”, “el todo es más que la suma de las partes”, etc.

La aplicación del procedimiento analítico, suponiendo que se pueda reducir la cosa estudiada a sus partes y recomponerlas a partir de éstas, depende de dos condiciones. La primera es que las interacciones entre las partes no existan o sean tan débiles como para poder ser despreciadas en ciertas investigaciones. Sólo bajo esta condición, las partes podrán ser verdaderamente “aisladas”, lógica y matemáticamente, para luego “reunirlas”. La segunda es que las relaciones que describen el comportamiento de las partes sean lineales; sólo en este caso se dispondrá de la condición de aditividad, es decir, que la ecuación que describe el comportamiento del conjunto tendrá la misma forma que las que describen el comportamiento de las partes; los procesos parciales pueden superponerse para obtener el proceso total, etc.

Ahora bien, agrega von B., estas condiciones no se cumplen para las entidades que se llaman “sistemas”. Un sistema es un conjunto de elementos (de partes) en interacción. Un elemento no se comporta de manera idéntica si está aislado o si forma parte de un sistema, precisamente a causa de la interacción que lo asocia a los otros elementos. Un sistema, o complejo organizado, sólo puede ser delimitado por la existencia de interacciones fuertes o de interacciones no triviales, es decir, no lineales.

---

4. Ludwig von Bertalanffy, *Théorie générale des systèmes*, de. Dunod, 1984

La expresión “el todo es más que la suma de las partes” adquiere entonces un sentido preciso. Simplemente significa que las características constitutivas de la cosa considerada no se pueden explicar partiendo de las partes tomadas aisladamente. Las propiedades del complejo parecen pues, con relación a la de los elementos, “nuevas” o “emergentes”. Sin embargo, si se posee el conocimiento, por un lado, del conjunto de las partes contenidas en el sistema y, por otro, de las relaciones que las vinculan, se podrá deducir el comportamiento del sistema del de sus partes.

Esta representación sistemática ha influenciado, sin duda alguna, la visión de los sistemas de producción, desde el momento en que, objetivamente, las interacciones en ellos se hacían suficientemente fuertes como para no poder ser pasadas por alto en el modelo de organización. Por ejemplo: desde que la interacción entre los puestos de trabajo en el seno del subsistema “fabricación” se vuelve importante, los puestos no pueden ya ser concebidos, analizados y controlados aisladamente ni como suma de sus comportamientos. Hay que tener en cuenta la relación y la interacción entre esos puestos, ambas cosas, para comprender el comportamiento requerido de cada obrero en su puesto. Por otra parte, el aumento de la complejidad del sistema implica que en el subsistema “fabricación” se tenga también las relaciones con los otros subsistemas (por ejemplo, “mantenimiento”, “comercial”, etc.) así como la integración de todos estos subsistemas en el seno del sistema global: la empresa. La regulabilidad más o menos fuerte del sistema, en particular ante perturbaciones provenientes del entorno, depende de la fuerza de las interrelaciones y, por ende, de la capacidad del sistema para comportarse como un todo. Gracias a ello es que se podrá alcanzar un equilibrio dinámico, es decir, preservar su estabilidad al mismo tiempo que se transforma. La sobrevivencia del sistema (por ejemplo, de la empresa) depende de la firmeza de las relaciones internas, mismo si fuera necesaria una transformación de sus elementos (por ejemplo: una transformación de las aptitudes de cada asalariado).

Esta visión sistémica de la organización productiva, que se puede inferir directamente de los trabajos pioneros de von Bertalanffy, y constituyó un aporte no desdeñable a la renovación del pensamiento organizativo y, en particular, permitió poner atención en la calidad de las relaciones entre puestos y funciones en el seno de la organización considerada como un todo. Es a partir de allí que se ha podido hablar empíricamente de la importancia de la descompartimentación, de la intercomunicación, de tomar en cuenta lo global en lo local, etc.

Me parece, sin embargo, que es preciso marcar los límites conceptuales del sistemismo, que se puede probablemente caracterizar como un enfoque transitorio que apareció a raíz de una situación de crisis de la racionalidad analítica:

a. Este enfoque nunca propuso un verdadero concepto de interacción (y por lo tanto, de acción). La interacción se reduce, sistemáticamente, a una relación, y esta relación no se caracteriza sólo empíricamente, “en la superficie”, a partir del comportamiento de los elementos relacionados. No se logra comprenderla verdaderamente y, menos aun, fundamentarla. Simplemente se comprueban correlaciones de diferente orden. Esto tiene ciertas consecuencias prácticas: no se entiende porqué tal relación tendrá más o menos fuerza, en la medida que no se comprende su naturaleza. ¿Por qué tal obrero cooperaría más con sus compañeros y no al contrario? Es que la relación (relation), aunque se suponga que modifica el comportamiento de cada elemento, se mantiene en tanto que simple relación, exterior a estos elementos. El sistemismo no da el concepto de una afinidad (rapport)<sup>5</sup> que sea constitutiva de los elementos mismos, que sea algo más que un vínculo que opera sobre su comportamiento. El abuso de la palabra “comportamiento” es por otra parte muy indicativa de la persistencia de una causalidad puramente transitiva: las cosas actúan unas sobre otras. El único progreso, si es que lo hay, reside en la introducción del principio de reciprocidad, indicado por el prefijo: “inter” (interrelación).

b. La visión dinámica sigue siendo muy clásica, muy próxima a la racionalidad analítica. La dinámica se analiza en términos de flujos (intercambiados entre el sistema y su entorno) y de procesos (por los cuales estos flujos operan), como si el sistema pudiera ser asimilado a una macro – operación. Más aun, todo sucede como si el sistema no tuviera otra función que la de conservarse a sí mismo. Se transforma para conservarse en su constitución interna. La dinámica es a la vez reconocida y negada. Es reconocida en el sentido de que se admiten las variaciones del sistema con el transcurso del tiempo. Es negada en el sentido de que estas variaciones están orientadas con una tendencia a la estabilidad que anula el tiempo. Como lo indica muy bien von B., “los sistemas abiertos deben alcanzar, bajo ciertas condiciones, un estado independiente del tiempo llamado estado estable. En el estado estable, la composición del sistema no varía, la composición del sistema no varía, aunque sus componentes cambian continuamente. Los estados estables son equifinales;

---

5. N. del T. Ph. Z. Utiliza en este pasaje dos palabras francesas diferentes, relation y rapport, cuyo matiz de significación quedaría explicado en la propia frase que utiliza esta última. No estoy seguro de que las dos palabras que empleo en la traducción, “relación” y “afinidad”, respectivamente, expresen del mejor modo este matiz.

eso significa que un estado independiente del tiempo puede alcanzarse a partir de condiciones iniciales diferentes y por caminos diversos, al contrario de los sistemas físicos clásicos en los que el estado de equilibrio está determinado por las condiciones iniciales”<sup>6</sup>

Esta visión es muy estrecha. En la esfera de la producción, puede permitir la comprensión del funcionamiento de sistemas autorregulados de manera cibernética, por circuitos de retroalimentación que garantizan la estabilidad y la dirección de la producción pese a perturbaciones de variada naturaleza (circuitos que en verdad eliminan el tiempo), pero no permite comprender la importancia de los acontecimientos internos, el valor de las contradicciones entre componentes del sistema, las dinámicas de innovación, la irreversibilidad temporal de los proyectos, etc.

En definitiva, se mantiene dentro del universo de las operaciones, que se transforman para conservarse y repetirse en su funcionalidad.

c. Por último, el sistemismo fracasa en la elaboración de un concepto de individuo que no sea contradictorio con el concepto de sistema. Fracasa para pensar simultáneamente la singularidad del individuo y la dependencia común. Von Bertalanffy fue honesto al confesar su dificultad para elaborar un concepto de individuo. Lo que él ve es una individualización progresiva que, si es llevada al extremo (hasta el individuo verdadero, indivisible) lleva a la desaparición del sistema. Es lo que llama: “mecanización progresiva”. Incremento de la mecanización significa incremento del aislamiento de los elementos en funciones que no dependen más que de sí mismos, por lo tanto, creciente individualización. Entonces hay descenso de la regulabilidad, puesto que ésta se apoya sobre el hecho de que el sistema es un todo, apoyado en las interrelaciones existentes. El sistema tiende entonces a disgregarse en tanto que verdadero sistema, a parecerse a una máquina, es decir, según von B., a una yuxtaposición de partes independientes. La individualización tiende entonces a hacernos retornar al punto de partida, es decir, a seres que admiten una consideración puramente analítica, con interacciones débiles o nulas.

Paradoja terrible: ¡la individualización creciente de los elementos (por ejemplo, el reconocimiento creciente de la individualidad de cada asalariado en un sistema de producción) se

---

6. Von Bertalanffy, op. Cit. p.163

paga con un cuestionamiento del sistema y el retorno a una situación puramente “mecánica”! La única solución considerada por von Bertalanffy es: concebir el principio de la centralización, es decir, el hecho de que ciertos elementos individualizados como tales jugarán un papel central, dominante, en el seno del sistema. Así es que, retomando uno de sus ejemplos, para que una estructura social se distinga de otra y forme un “sistema”, es preciso que ella se agrupe en torno a ciertos individuos. Por ese sesgo, se encuentra justificada la importancia de las relaciones jerárquicas, de los líderes carismáticos, etc., importancia tanto más grande cuanto que los individuos son más autónomos...

Acerca de este último punto, es claro que el sistemismo, al menos en su versión clásica, fracasa completamente en cuanto a explicar problemas actuales, las evoluciones que atraviesan los sistemas de producción modernos y que permitirían pensar un nuevo modelo. Incluso, se sitúa en una posición reaccionaria (pese a que esta posición tenga cierto fundamento si se considera el efecto estructurador de la relación económica).

Estas críticas no conducen a desestimar la importancia práctica que el sistemismo ha tenido y todavía tiene para repensar los sistemas y su organización. El sistemismo significó un aporte esencial: la importancia que debe darse a las interacciones, subrayando que de la calidad de estas interacciones dependía en lo sucesivo la eficiencia productiva. Pero estos atolladeros me llevan claramente a considerar que el futuro no se encuentra en esa dirección, y que la lógica “operatoria” queda intacta luego de las críticas que el sistemismo le hizo.

## II. El paso de la operación a la acción

Existe actualmente algo así como una explosión de teorías de la acción, la mayoría de las cuales se inspira en la filosofía analítica anglosajona. Podría decidir detenerme en estas teorías, que no uso directamente y que en su mayoría hablan, al menos en la utilización que de ella se hace en Francia, no de la acción como tal, sino de su regulación, y tratan no del sentido y de la iniciativa contenidos en la acción, sino de las normas, reglas y convenios que supuestamente encuadran y regularizan la “coordinación de las acciones”. En realidad, se habla mucho más de coordinación que de acción, y se supone, puesto que hacen faltas normas, reglas y convenios para establecer esta coordinación, que ésta es exterior al contenido de las acciones, supuesto que es precisamente el que regula el modelo de la operación. No veo, por otra parte, cómo una teoría “general” de la acción podría permitir la distinción entre un modelo de la operación y un modelo de la acción propiamente dicha, cómo se podría establecer tal diferenciación. El agua del Sena corre siempre bajo los puentes, ¿pero es siempre la misma agua?

## ***A. El concepto de acción en Spinoza***

Partiré de la distinción que Spinoza hace, al comienzo de la *Ética*, entre operación y acción, inspirándome libremente en un trabajo de Pierre Macherey<sup>7</sup>.

La distinción entre operación y acción, en Spinoza, está estrictamente asociada a la diferencia entre coacción y libertad. El individuo “opera” cuando está constreñido, “actúa” cuando es libre.

Una cosa se dice libre o constreñida, en función de que ella exista y esté determinada a actuar de acuerdo a la sola necesidad de su naturaleza, o que esté determinada por otra cosa a existir y a operar de acuerdo a una determinada razón.

Se pueden hacer inmediatamente varias observaciones:

a. libertad y coacción no se consideran de una manera abstracta, como universales o géneros. Pero efectivamente son afines al hecho concreto de ser “libre” o “constreñido”, en tanto que éste pertenece a “cosas”, es decir, a seres físicamente reales (por ahora, me limitaré a individuos humanos). ¿Qué es ser libre? Esta cuestión no puede ser tratada más que si ella se reduce esta otra:

¿A quién es que se designa como libre?

Es en esto que el problema de la libertad está ligado a la ética y no, prioritariamente, a una norma moral con pretensiones de universalidad. Hay que saber de quién se puede decir que es libre, y bajo qué condiciones. Para hablar de a libertad, hay que saber cómo es que los individuos pueden acceder concretamente a la situación de existir como seres libres. La libertad no proviene de un decreto universal, que declare libres a todos los hombres (aun si tal decreto pudiera ser útil en la esfera política). La libertad es ante todo un modo concreto de existencia, que se opone a la existencia constreñida.

Esto es particularmente evidente en el universo de la producción.

---

7. Pierre Macherey, *Avec Spinoza*. P.U.F., 1992.

b. libertad y constreñimiento se caracterizan como dos situaciones excluyentes, que se explican por determinaciones exactamente inversas una de la otra. Pero en los dos casos hay determinaciones y necesidad. La verdadera alternativa no es entre libertad y necesidad. La posición de Spinoza en este punto es bien conocida: no es libre aquel que pretendiera abstraerse de las determinaciones de su ser y de su existencia. Al contrario, el individuo que creyera ser libre de toda determinación se engañaría por completo y sería tanto más juguete de las circunstancias, tanto más constreñido. La idea de necesidad, de determinaciones, circula de algún modo entre los dos polos opuestos del dilema que aquí se instala entre libertad interior y constreñimiento externo. Esto significa que la oposición entre los términos “libre” y “constreñido” implica que tienen, sin embargo, un rasgo común: el hecho de “estar determinado a ser”. No es la existencia o ausencia de determinación lo que hace la diferencia, sino el modo de la determinación.

c. la diferencia entre los dos modos de determinación es muy clara. La cosa libre existe y actúa por la sola necesidad de su naturaleza. Su existencia y su acción dependen de ella misma. Tiene los caracteres de causa de sí (causa sui). La cosa constreñida está determinada a existir y operar por otra cosa y en virtud de una razón que no le pertenece. No depende de ella misma, aun si es ella la que opera.

Estas pocas observaciones me servirán para avanzar en mi tema.

## ***B. Esbozo de un modelo de la acción***

### ***1) La figura de la operación***

Si retomo el modelo standard del obrero inserto en una organización tayloriana, este obrero realiza operaciones, y no acciones, en tanto que trabaja bajo el constreñimiento de otra cosa que no es su propia naturaleza, es decir de otra cosa que no es el despliegue de su propia potencia de actuar.

Precisemos: por una parte, es realmente el obrero quien trabaja, quien actúa. Es su cuerpo, su inteligencia, su conocimiento de los actos de trabajo, etc., en una palabra: su propia potencia de actuar la que se pone en movimiento. En este sentido, su trabajo es un acción. Pero, por otra, lo que

principalmente lo determina viene realmente de las prescripciones e instrucciones que le son dadas acerca de las operaciones que tiene que realizar y sobre la manera de realizarlas. Esta determinación es exterior a él. Inclusive, le es doblemente exterior: porque las operaciones que tiene que realizar le son impuestas de modo costringente, sin respeto por su propio deseo de trabajar ni por la libertad que tendría para comprender y utilizar a plenitud su propia potencia de acción, y porque los motivos que existen para estas prescripciones, es decir, el objetivo de elevar la productividad-salida (débit) de su trabajo, le son extraños, inclusive se enfrentan al uso sensato de su propio cuerpo, deterioran su salud.

Es por esta doble determinación, de una prescripción que se ejerce de modo costringente y de una razón que le es extraña, incluso opuesta, es que se puede afirmar, con todo rigor, que el obrero “opera”, que es, según la denominación actualmente corriente, un “operador”.

Esto me permite volver a la distinción entre trabajo real y trabajo prescrito, propuesta por la ergonomía. Efectivamente, hay una distinción a hacer, pero no se plantea en estos términos. El obrero actúa, en tanto moviliza su potencia de acción, que es causa de lo que produce. Pero, al mismo tiempo (al mismo tiempo, porque el obrero no trabaja dos veces: ¡el trabajo no se hace realmente más que una sola vez!), el obrero opera, es decir, es manejado por determinaciones exteriores a sí mismo, que lo costringen, y que son lo suficientemente fuerte para representar la causa principal de lo que se hace. El “trabajo real”, la actividad en el sentido de los ergónomos, está sometido a la orientación impuesta por la prescripción del trabajo y las razones económicas que ella trae consigo. El constreñimiento vence evidentemente a la libertad. Insisto – aunque volveré a ello – sobre el hecho de que el carácter “exterior” de las determinaciones no se debe al hecho de que vendrían de otras personas (ingenieros, por ejemplo), sino a que el obrero no está en una situación en que pueda apropiárselas, hacerlas suya

Sin embargo, nos es preciso avanzar más: el análisis spinozista del constreñimiento no se detiene en las determinaciones que se podría calificar de objetivas, es decir de la comprobación de una situación constreñida. Trata también de la aprehensión subjetiva.

Spinoza introduce una distinción entre: ser activo (por lo tanto, actuar) y ser pasivo (es decir, operar).

*“Digo que operamos (somos activos), cuando ocurre algo, en nosotros o fuera de nosotros, de lo cual somos causa adecuada; es decir cuando de nuestra naturaleza se sigue algo, en nosotros o fuera de nosotros, que puede entenderse clara y distintamente en virtud de ella sola. Y, por el contrario, digo que padecemos (somos pasivos), cuando en nosotros ocurre algo, o de nuestra naturaleza se sigue algo, de lo que no somos sino causa parcial.”*<sup>8</sup>

Ser pasivo es operar parcialmente por desconocimiento, a partir de ideas que no corresponde más que en parte y de manera confusa a las causas que actúan sobre nosotros. Spinoza considera aquí lo que llama las “pasiones”. Cuando operamos por pasión, no somos conscientes (o no estamos en condiciones de conocer) más que parcialmente el modo en que las pasiones guían nuestros pensamientos y acciones, aunque podamos captar sus consecuencias.

Ahora bien, propondría la hipótesis -punto que Spinoza no trató- de que existe una relación entre la situación concreta, objetiva, en que se encuentran los trabajadores (a causa de la naturaleza de las relaciones sociales) y la posibilidad o no de racionalizar sus pasiones. Concretamente: el obrero sometido a la organización taylorista estará necesariamente preso de pasiones, para él fundamentalmente negativas, es decir, que debilitan su potencia de acción, y que le será muy difícil racionalizar. Por ejemplo: se dejará invadir por el odio contra un superior jerárquico, o por la envidia hacia un colega, o por un sentimiento de fatalidad, o por el miedo al desempleo, etc. Odio, envidia, fatalismo, miedo: son pasiones que debilitan al individuo, que aumentan su sufrimiento, que lo vuelven, en el sentido preciso de Spinoza, pasivo en la relación con su trabajo.

Esta pasividad, inherente a las pasiones, y cuyos efectos debilitan a la persona cuando son negativos, vienen, en cierto modo, a pujar por sobre la exterioridad de las determinaciones de su contrabalanceen este efecto: volveré sobre este punto. Pero nadie puede dudar, en la historia de la organización taylorista, acerca de la pertinencia e importancia de las pasiones negativas. Si sólo por un instante se llegara a dudar de ello, bastaría recordar la presencia reconocida del alcoholismo en estos lugares de trabajo.

---

8. N. del T. Spinoza, *Ética demostrada según el orden geométrico*, Alianza Editorial, Madrid, 1987. Traducción de Vidal Pena, p. 172. La excelente traducción española ha sido revisada y ligeramente ajustada, con la cooperación del latinista V. O. Cicalese, sobre la base de la edición original en latín, (B. Spinoza, *Opera*, M. Nijhoff Hagae, 1795, T.I, *Ethica ordine geometrico demonstrata*, p.119). Las expresiones que han sido colocadas entre paréntesis son alternativas tomadas literalmente del texto francés de Flammarion, 1965, para uniformizar la terminología con lo que sigue del trabajo de P. Zarifian.

Es claro que he utilizado el concepto de operación en un sentido aparentemente muy distinto del que podría emanar de la racionalidad analítica del ingeniero. ¿Hay sin embargo un vínculo entre las dos nociones? Si, y es lo que querría precisar ahora.

En efecto, cuando el obrero tayloriano ejecuta una serie de operaciones, de las que no ve ni conoce los pormenores, cuando él mismo es prisionero del recorte analítico y su afectación a un puesto exacto de trabajo que la jerarquía determinó, no puede relacionar esta sucesión de operaciones a la totalidad del orden productivo que la subtiende, es decir a su razón verdadera. Porque va de suyo que una sucesión de operaciones dada, no representa más que una secuencia parcial del proceso de producción, no tiene razón de ser en sí misma. No la adquiriría más que si se considera la totalidad del proceso. Aquí reencontramos un punto de vista propiamente ético: un individuo se dirá constreñido por la cadena exterior de las operaciones en la que está preso, desde el momento en que no puede considerarla más que de manera parcial. Con la realización de una escala operatoria, el constreñimiento, la falta de libertad, no viene, para el obrero, solamente de ella exterioridad de la prescripción. Está reforzado por el conocimiento, necesariamente parcial e incompleto, de los encadenamientos productivos en los que debe insertar sus operaciones.

He ahí pues, sucintamente, lo que refiere a la operación y a la pasividad, en el sentido spinozista.

## **2) La figura de la acción**

¿Cómo pensar un modelo alternativo de la acción, y esto pese a la necesaria inserción en el seno de la relación económica? Me parece indispensable partir de la forma material del trabajo.

El trabajo, en el nuevo modelo tiene por características:

- Ser una intervención en y sobre acontecimientos y proyectos (en los que los proyectos se reducen a acontecimientos anticipados). Esta primera característica hace muy difícil todo intento de prescribir el contenido del trabajo, toda inclusión precisa de los actos de trabajo en una predeterminación que les sería exterior. Reclama una comprensión práctica de la situación en que se

desarrolla el acontecimiento o el proyecto, comprensión que debe ser interna la actividad, en la medida en que acontecimiento y proyecto son inmanentes a la situación, o sea comprensión que apela ampliamente a los actores directos de esa situación.

- Ser una actividad cada vez más discursiva, llevada a cabo mediante un material simbólico lingüístico, “acerca de” la producción en el sentido estrictamente material del término. Esta actividad discursiva requiere una comunicación argumentada acerca de la validez de las acciones concretas que es posible emprender y proseguir para llevar la producción a buen fin, en base a performances del tipo: calidad, costo, plazo e innovación... Esta segunda característica promueve una actitud reflexiva frente a los actos materiales del trabajo, que no aparecen sino como la “punta avanzada”, la proa, de toda una actividad discursiva. Conduce también a asegurar un vínculo inmediato entre conocimiento (verbal o escrito) y acción productiva, que podrá, llegado el caso, ser sustituido por un instrumento informático.

- Ser juzgado como un servicio ofrecido a un destinatario (cliente, usuario), o sea como producción de una relación de servicio, además de la producción de un objeto, implícito en esa relación. Esta tercera característica permite definir el trabajo directamente por sus efectos útiles apreciados en tanto tales.

Estas tres características materiales fundamentan la posibilidad de pensar el trabajo como acción.

El individuo que trabaja se libera, es decir, comienza a actuar en la medida en que empieza a conocer y a tener en cuenta lo que lo determina a poder actuar, es decir, a producir todos los efectos de que es capaz en virtud de su propia potencia. No hay causa sin efectos. El trabajo como acción consiste en afirmar que de una causa (él mismo, a la vez causa y razón) deben necesariamente seguirse todos los efectos que de ella dependen; es pues instalarse desde el arranque en la perspectiva racional que se define por el descenso desde la causa hacia sus efectos, del productor hacia los efectos útiles que engendra. Esta prioridad del conocimiento de su participación en el orden causal, es igualmente la del todo con respecto a sus partes y del principio con respecto a sus consecuencias. Respetarla, es pues velar por el carácter racional de la relación causal, que coloca los efectos en la causa, incluso antes de que estos efectos se desplieguen exteriormente unos en relación con los otros, en el encadenamiento que los condiciona sin constreñirlos.

Esta problemática de la acción es claramente una problemática de la iniciativa y de la creatividad, por lo tanto de la libertad en sentido práctico, en la medida en que se funda, no en algo imaginario, sino en la comprensión, el reconocimiento y el desarrollo más amplio posible de la potencia efectiva y activa que existe en nosotros, soporte de todo un despliegue de efectos útiles. Es un modo elegante de hablar de la competencia.

¿Acaso la problemática spinozista de la causa eficiente, de la causa y razón de sí (causa sui) como potencia de conocimiento y (por ende) de acción, es conciliable con la del acontecimiento y el proyecto?

Si, pero a condición de apartarse un tanto de Spinoza.

El acontecimiento y el proyecto deben ser percibidos ante todo como un punto de partida. Es seguro que el acontecimiento (el desperfecto...) comporta una porción de contingencia que escapa a toda determinación posible. Es seguro que el proyecto comporta una parte desconocida y de incertidumbre. Tener en cuenta el principio de la causalidad eficiente, del trabajo como desarrollo práctico y consecuente de esta causalidad no implica de ningún modo una “omnisciencia”, ni siquiera un esbozo de algo equivalente.

El acontecimiento, por ejemplo, es un desafío a conocimiento, algo que provoca un cuestionamiento de las certezas imaginadas por nosotros, que interroga las normas existentes. Como desafío, como provocación, objetivamente inscrito en la materialidad de las situaciones productivas, el acontecimiento es una interpelación acerca de la capacidad de conocimiento y de acción de los protagonistas involucrados, de esclarecer sus inevitables limitaciones, es una incitación a su desarrollo. Es también una interpelación acerca de la red de constreñimientos, de la exterioridad para sí en que los individuos están reclusos y que, hablando propiamente, restringe su pensamiento, encierra sus aptitudes. En una organización taylorista, la capacidad de los obreros para responder a verdaderos acontecimientos es débil. Los acontecimientos los dominan.

Para mostrar cómo el acontecimiento puede integrarse al modelo de acción libre, tomaré un ejemplo de mi propia vida. He participado, en fábricas del sector agro alimentario<sup>9</sup>, en la

---

9. En el tipo del texto realizado a comienzos de 2016, se decidió cambiar la expresión “usina agro alimenticia” que había usado el traductor, por el término “fábricas del sector agroalimentario”, por considerar que es un término más

implantación de reuniones cotidianas, que agrupaban a obreros de la producción y del mantenimiento, controladores de calidad e ingenieros, cuya tarea era analizar los tres desperfectos más importantes de la víspera. Estas reuniones habían sido organizadas por una doble finalidad: elevar la fiabilidad de los equipos técnicos, por una parte, y por la otra, crear una dinámica de aprendizaje de estos sistemas técnicos, partiendo de la idea simple por la cual un desperfecto es, si se lo estudia, una formidable ocasión de aprendizaje.

¿Que ocurría en estas reuniones cotidianas? El objetivo era estudiar las causas de la aparición de cada desperfecto. Pero, cuando se reflexionaba sobre el asunto, resultaba ser un emprendimiento relativamente complejo. Las causas se agrupaban en dos tipos:

- Las que permiten responder a la pregunta: ¿por qué sobrevino el desperfecto? Dicho de otro modo ¿cuál fue la cadena de causas y razones<sup>10</sup> que condujeron a ese desperfecto? En términos absolutos, esa cadena puede ser infinita: se puede retroceder a la forma en que el equipo fue concebido por la oficina proyectista, a la calidad del acero con que fue fabricado, y por lo tanto (¿por qué no?) a la del mineral del hierro del que salió ese acero, etc. Nos encontramos así con una sucesión en principio inacabable de preguntas y respuestas a las que razonablemente habrá que poner fin. Este movimiento de regresión de efectos a causas, que hace retroceder siempre algo más la aprehensión de la causa o la razón que globalmente constituye el orden de las cosas, es inevitable. Pero conduce, sobre todo, por aprendizaje, a seleccionar las causas determinantes que se podrán captar en tanto tales, y definir (y por lo tanto anticipar) a partir de ahí sus efectos.

Es cuando, en una regresión, recomenzada en cada desperfecto, de los efectos a las causas, se pasa a la captación de la relación causal de la que se despliegan todos los efectos posibles, que: a) se obtiene un progreso decisivo en la fiabilización, b) se logra también un progreso decisivo en el conocimiento adecuado de los acontecimientos, c) se adquiere mayor libertad frente a esas causas.

- Las que permiten responder a la pregunta ¿cómo se produjo el desperfecto? Pregunta importante, porque a través de este “cómo” es que el “por qué” operó. En este caso, es el acontecimiento en tanto tal, en su singularidad, el que es aprehendido, y que es posible ir directamente, con facilidad mucho mayor, a las causas internas de las que el acontecimiento, en su

---

apropiado para la versión en español.

10. La razón tiene aquí el significado de una causa cuyo origen inmediato es un motivo humano.

factualidad, es efecto singular. Se puede recordar, como lo hace Macherey, el célebre ejemplo citado por Spinoza y retomado por Hegel. Se trata de la muerte accidental de un pasante golpeado por una teja desprendida de un techo. Si se quiere responder a la pregunta: ¿por qué este acontecimiento se produjo?, es preciso desarrollar una cadena impresionante de causas transitivas: ¿qué es lo que determinó que el caminante pasara precisamente en ese momento, en esa calle, que la teja se haya desprendido en ese preciso instante, etc.? Por el contrario, si se considera el acontecimiento en sí mismo, y se busca su causa eficiente, se da paso a la respuesta de Hegel:

*“Una teja por sí sola no aplasta a un hombre, pero sí produce este efecto por la velocidad adquirida; esto es: el hombre es aplastado por el espacio y por el tiempo”<sup>11</sup>*

¡Notable respuesta!

El conocimiento del “como” es más directamente aprehensible, pero es también más exigente, porque remite, en definitiva, al cuerpo de conocimientos de las disciplinas ligadas a los principios de la física, que no se pueden pasar por alto a partir de un cierto momento. Conviene observar que este acercamiento a las determinaciones del acontecimiento encuentra a menudo un “agujero” en el saber social. Por una parte, el saber obrero sigue siendo en general un saber que procede por el retorno de los efectos a las causas, y raramente tiene la posibilidad de ubicarse directamente en los principios reclamados para la comprensión del acontecimiento. El saber del ingeniero, en tanto fue quien concibió el equipo, si bien parte de las disciplinas involucradas, no las despliega tampoco sobre el acontecimiento en tanto que tal. Por ejemplo, cuando un instrumento cortante provoca un accidente en una máquina, no son los principios del corte los que están en cuestión en tanto tales, sino los principios del desgaste del instrumento cortante y de las disfunciones que ello provoca. Sólo recientemente se han comenzado a desarrollar sistemáticamente estos saberes que se encuentran en la intersección de los saberes “clásicos” de ingenieros y obreros.

El trabajo profundizado acerca del acontecimiento conduce a avanzar en la comprensión de estos dos órdenes de causas y razones y, por supuesto, a la propuesta de planes de acción para evitar la repetición de los desperfectos así estudiados.

Los progresos que he podido comprobar han sido espectaculares: por una parte, la fiabilidad de las instalaciones (medida del rendimiento sintético) se ha elevado mucho y, por otra, los

---

11. G. W. F. Hegel, Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas, traducción del original alemán por E. Ovejero y Maury, Ed. Libertad, Buenos Aires, 1944, p. 177.

conocimientos de las personas que participan en estas reuniones cotidianas, apoyadas, siempre que sea necesario, por contribuciones teóricas, ha progresado de modo considerable.

Quiero sin embargo insistir, por medio de este pequeño ejemplo, que no es tanto sobre el aspecto cognitivo como tal y la cantidad de conocimientos adquiridos, sino sobre la dimensión propiamente ética de la gestión, que se conduce a cada participante a alcanzar más libertad sobre los constreñimientos que pesaban sobre él en la cotidianeidad de su actividad, más libertad en sus acciones, y una más fuerte potencia de acción.

### **3) ¿El Trabajo libre?**

La libertad (del trabajador) significa aquí concretamente:

a. La comprensión de los desperfectos por sus causas, y por la anticipación de los efectos de estas causas; por ende, la liberación frente al acontecimiento (frecuentemente repetido) en tanto que tenía de él un conocimiento confuso y parcial, y en cuanto este acontecimiento se imponía a él en la vida cotidiana del taller.

b. La comprensión del propio sistema técnico que, por elevarse a un nivel superior, pues se transforma cualitativamente, resulta también liberadora en el uso que el obrero puede hacer ella, de tal modo que el sistema técnico se convierte para ese obrero en determinación interna (no más externa) de su acción (que deja de ser una operación).

c. La liberación de tiempo y de atención, correlativa de una elevación neta de la fiabilidad de los equipos.

d. Por lo tanto, la creación de una nueva disponibilidad de acción sobre otros temas.

Me es preciso avanzar aún más en la explicitación de las enseñanzas de este ejemplo sencillo. En efecto, es necesario tener en cuenta las otras características del trabajo que intervienen. En estas reuniones consagradas a los desperfectos de la víspera, los participantes discuten, pero simultáneamente trabajan<sup>12</sup>.

---

12. Este trabajo es reconocido como tal, es decir, el tiempo consagrado a ellas cuenta como tiempo de trabajo remunerado.

En qué sentido puede decirse que este trabajo discursivo, realizado en y por el razonamiento, es acción y no operación? Es acción en tanto que los participantes están determinados a intervenir en él por la sola necesidad de su potencia de acción y de su deseo, y lo hacen en conocimiento de la manera en que tal trabajo reforzará esa potencia. Concretamente: eso implica, como condición de una ética de la libertad, que cada participante sea voluntario y esté colocado en igualdad de hablar y de tomar decisiones en estas reuniones, que participe en las deliberaciones hasta su fase conclusiva, es decir, hasta los planes mismos de actividad. Por otra parte, es lo que se hace empíricamente en ciertas empresas, porque las jerarquías sienten intuitivamente que se trata de una condición del éxito práctico de tales grupos.

Por último, parece evidente que el avance cognitivo y ético que estas reuniones causan tiene, en el caso de desperfectos complejos, como condición inexcusable una compulsión y colectivización de los saberes y expectativas de cada uno. Dicho de otro modo, estas reuniones son, a la vez, lugar de interacción entre personas que provienen de diferentes servicios y categorías (fabricación, mantenimiento, servicio de calidad, obreros, ingenieros) y ámbito eficaz de una acción conjunta, de una co-acción<sup>13</sup>. Es por esto que un avance hacia la acción libre puede ser conquistado para todos.

¿Puede decirse que el pasaje de la operación a la acción replantea la crítica a la racionalidad analítica? Me parece evidente que en efecto es así, por lo menos dentro de ciertos límites. Para “actuar” en el sentido fuerte, es decir para existir para sí en el trabajo que se realiza, es preciso tener presente el orden de las determinaciones en su globalidad, sintéticamente, porque solamente así cada acción podrá ser inteligible y autónoma. El enfoque analítico, puesto que distribuye cada operación aisladamente, la separa de su razón de ser y entonces le impide ser autónoma. Inversamente, la acción, a partir de la determinación global, a partir de la relación de inclusión que asocia el todo a las partes puede hacerse más autónoma.

En una producción ya muy socializada, ningún trabajo tiene sentido en sí mismo, considerado aisladamente. Lo que importa es menos el carácter necesariamente limitado de todo acto de trabajo en su factualidad (¡se acabó el sueño artesanal!), que la manera en que cada individuo puede captar lo “precedente”<sup>14</sup> de sus actos y puede partir de este precedente para

---

13. Digo “co-acción” porque, hablando con precisión, el pasaje del modelo de la operación al de la acción no me permite ya hablar de “cooperación”.

14. Nota del Traductor: P. Zarifian utiliza aquí las palabras francesas “amont” y “aval” que propiamente no tienen equivalente en español (hablando de un río corresponderían a las locuciones “río arriba” y “río abajo”). Pienso que

considerarlos. Por “precedente” entiendo a la vez:

a. la orientación global del sistema de producción (como totalidad), su movimiento de conjunto, en tanto condiciona el sentido de todo acto de trabajo que se encuadra en él,

b. el destino de esta producción que, considerada desde el punto de vista de la relación de servicio a usuarios o clientes, no se sitúa como precedente sino como consecuente del sistema de producción, de lo que constituye su misma razón de ser.

c. la red de interacciones en la cual toda acción se inserta, no como “elemento simple” de un sistema, sino como co – constitutiva de esas interacciones. Actuar, es pues ser libre en el sentido de la no sumisión al constreñimiento de un orden interno (desde la prescripción tayloriana de las tareas hasta el constreñimiento así llamado económico), puesto que es atenerse, por el contrario, a la determinación interna que define las posibilidades y las razones de la acción productiva, gracias a la cual aquellos que la practican pueden efectuar todo lo que está en “ellos” para producir efectos útiles, en el mejor desarrollo de su potencia de actuar.

#### **4) Trabajo, subjetividad y pasiones**

Me hace falta terminar esta elaboración del modelo de la acción por la evocación de la libertad del individuo ante sí mismo, hablando subjetivamente.

He indicado, en verdad muy suscintamente, cómo en el modelo de la operación, las pasiones negativas que Spinoza llama “las pasiones tristes”<sup>15</sup>, aquellas que debilitan la potencia del conocimiento y de acción del individuo, se desarrollaban sobre el terreno mismo de una situación objetivamente alienante. ¿Puede invertirse la proposición? Ciertamente, no puede haber nada mecánico en semejante enfoque. El individuo humano no se recorta en tajadas, la manera en que las pasiones lo embargan y la naturaleza de estas pasiones no podrían reducirse a sus vivencias en el seno del universo productivo. Empero, esa pregunta es de máxima importancia.

---

“precedente” y “consecuente” pueden dar una idea bastante aproximada de lo que se quiere expresar.

15. Nota del Traductor: Para esta nomenclatura spinoziana de “alegría”, “tristeza” y nociones conexas, ver, en la traducción española ya citada, la Parte III de la “Ética”, p. 184-193 y 234-250, y la Parte IV, p.251-255, y 263-279.

Lo que me parece que puede decirse, en esta etapa del razonamiento, es que condiciones propicias a un desarrollo de “pasiones alegres”, y a una racionalización de tales posiciones, se encuentran reunidas en el modelo de la acción, en tanto modelo. Por “pasiones alegres” o “afecciones de la alegría”, Spinoza entiende las afecciones que aumentan y apoyan nuestra potencia de actuar, que sustentan nuestro deseo y nuestro esfuerzo por desarrollar las potencialidades de nuestro ser<sup>16</sup>. Las afecciones de alegría son, por ejemplo, el amor, la amistad, la simpatía la esperanza, la satisfacción de si mismo, etc.

Para comprender cómo las afecciones pasionales pueden estar asociadas a una situación objetiva y a un modelo de la acción que pretende contribuir a promoverla, parece indispensable situar lo que es una pasión en el uso que aquí se hace de este término. Una pasión no es un “estado” psicológico, no es siquiera un “estado”. Una afección es un acto: desear es un acto, sentir amistad es un acto, esperar es un acto, etc. Más precisamente, retomando a Aristóteles, es disposición, es decir acto en potencia, y acto en tanto tal. La afección de alegría se define como un acto que hace pasar al hombre de una potencia de acción menor a otra mayor. La afección de alegría es propiamente un acto, y este acto no puede ser otra cosa que aquel por el que se pasa a una perfección superior, es decir, el acto por el que se aumenta la potencia de actuar del hombre. La afección es un pasaje. Es precisamente como acto y como pasaje que la afección (tanto pasional como racional) está necesariamente integrada a la acción, inclusive a una acción llamada “trabajo”.

No puede haber ninguna duda práctica al respecto: todo individuo que “trabaja” entraña en su trabajo una afección, tanto si es positiva como si es negativa. Nadie trabaja “con indiferencia”, o, en todo caso, esa indiferencia sería ella misma la forma extrema de una pasión (por ejemplo, de un rechazo del trabajo que se hace).

La difícil pregunta a la cual uno se ve confrontado es entonces la siguiente: ¿se puede razonablemente asociar al modelo de la acción actos correspondientes a afecciones de la alegría? ¿Qué es lo que puede dar fundamento a tal pretensión? ¿No sería oscilar en el idealismo y el voluntarismo?

---

16. Spinoza habla, de acuerdo a una expresión ampliamente utilizada en su época, del deseo de preservar en su ser. Prefiero hablar del deseo de desarrollar las potencialidades de nuestro ser, que me parece corresponde mejor a las condiciones y formas de subjetividad de la época actual.

Lo que nos puede autorizar a fundamentar tal pretensión es el examen preciso de la naturaleza de la acción como modo de existencia de un individuo libre que actúa en una producción altamente socializada. La actitud amistosa hacia sus colegas, la satisfacción con respecto a la utilidad del trabajo que se realiza, la esperanza de avanzar en conocimientos y aptitudes y, todavía mucho más fundamentalmente, la generosidad, no son simples añadidos o estados de espíritu, sino “pasajes” involucrados en la manera en que cada individuo puede desarrollar sus potencialidades de conocimiento y acción en el contexto preciso que he descrito anteriormente. Podría acentuar los trazos y decir: pasajes obligatorios en el modelo de la acción, sin los cuales el modelo de la operación y del constreñimiento retomarían la primacía.

Lo que es verdad, por el contrario, es que el modelo de la acción, en tanto que modelo productivo o, más exactamente: en tanto que componente de un nuevo modelo de organización, se opone frontalmente a la relación económica, y que nada permite evitar hoy tal confrontación ni decir lo que puede resultar de ella. Sin duda es abordando la ética spinozista de la acción que puede percibirse con la mayor claridad lo filosófica que es semejante confrontación, cuyo contenido ya he podido evocar en otro trabajo<sup>17</sup>. Cada uno de nosotros puede darse cuenta fácilmente que toda posibilidad de desarrollar afecciones “alegres” está minada por las prácticas de despido y por la expansión del desempleo, inspiradas directamente en las formas actuales de la relación económica. Mi convicción es que ello no quita nada a la pertinencia del modelo de la acción y que, por el contrario, confirma su urgencia.

---

17. C. Palloix et. P. Zarifian, *La société post – économique*, L'Harmattan, 1988